

Eugenio González Rojas (1903-1976)

El socialista vestido de negro

Desde los diez años no cambió nunca de color. Como que quería así pasar inadvertido, pero su razonar agudo y su ética a prueba de halagos, lo empinaron a pesar suyo. Su ideario socialista, desoido, fue profético.

PABLO PORTALES

“Muevian las recepciones, los banquetes y los cocteles. Haré lo posible para no asistir a ninguno”, dijo el profesor socialista Eugenio González tras ser elegido rector de la Universidad de Chile, en 1963.

Apartado del bullicio, contemplaba. Con instinto certero descubría “las indigencias que se ocultan bajo la pedantería y la solemnidad”, escribió uno de sus discípulos, el ex senador Raúl Ampuero.

Siempre vestido de negro, como si quisiera volverse invisible, nunca dejó de ser Eugenio y por eso, precisamente, no se le notó el cargo, apuntó el escritor Julio Barrenechea.

El “anarquista constructivo”, como lo denominó su compañero Juan Gómez Millas al postularlo candidato a la presidencia de la FECH en 1922, fue asumiendo una mirada escéptica.

La dignidad del hombre era lo esencial del espíritu socialista que animaba su existencia. En su juventud, irónico, embistió contra la hipocresía de la aristocracia política y clerical, pero también desnudó el fatalismo, sumisión y pereza mental de un pueblo taciturno que todo lo soportaba.

Maduro, advirtió los peligros que traía la modernidad en sus entrañas: el materialismo y utilitarismo. “Comprendo y me someto al necesario e incesante progreso material que nos aleja de la naturaleza, pero no amo esa vida. Prefiero una próxima a lo natural donde lo humano prevalezca a lo artificial de la técnica”.

Se sumió en un letargo al ver al socialismo cada vez más irreconocible de su esencia original. Se alejó al contemplar como la universidad, empujeada por sectas, cedía. Perdió el gusto por la vida cuando, en medio de la barbarie, no

se divisaba nada diferente en el horizonte de 1976. Entonces se echó a morir.

EL DIVORCIO

Hijo único, perdió a su padre a los diez años. Afligido, debía caminar decenas de cuadras hasta llegar al Instituto Nacional, porque no había en casa 20 centavos para coger el carro. Desde joven trabajó como inspector del trabajo y dio clases en liceos.

Niño solitario, influido por su madre, se entregó a la lectura. Las dotes de liderazgo las lució temprano. A los 16 años fue el primer presidente de los estudiantes secundarios. Más tarde, ingresó al Pedagógico a estudiar castellano.

Envuelto en la atmósfera inquietante de los años '20, el anarquismo se prendió a su corazón. Estudiantes y trabajadores, enlazados en debates y acciones, marcaban ideas libertarias.

González escribía en *Claridad* —revista de la FECH— en 1922, cuando los jóvenes y los obreros se

alejaban de los partidos políticos. Estos, parlamentarios, se divorciaban de la sociedad:

“Lo que alienta nuestra inquietud —decía— es una protesta de la vida ante su encierro en cauces rígidos, agobiada por instituciones y sistemas normativos que obstruyen el desarrollo integral de nuestra personalidad”.

González, presidente de la FECH, dibujó una universidad mediocre por su uniformidad y timidez de pensamiento: “Profesores y estudiantes se hermanan no en la búsqueda de la verdad, sino de probables beneficios materiales”.

La rutina reemplazaba a “la simpatía comunicativa, invadiendo y paralizando las mejores rebelías de nuestra sinceridad”, escribía el joven González.

El “anarquista constructivo” lidiaba contra la cultura conservadora. En 1924 se debatía acerca del divorcio. La prensa sería de oposición, la Iglesia se sentía amenazada y el joven, irreverente, agregaba: “Las señoras encopetadas, con



No concebía la política como un medio de encumbramiento personal. Tampoco como ocasión de popularidad y vanagloria. Simplemente como un servicio público.

más de un sonado adulterio encima, arremeten contra los que pretenden eliminarle su esclavitud”.

González propugnó librarse de la mentira organizada de la sociedad: “El hombre y la mujer deben juntarse conforme a sus instintos y simpatías. La unión sexual cuando es sana se realiza por una fatalidad de la naturaleza que nadie debiera bloquear”.

EL SOCIALISMO

Enfrentó la confusión que produjo el golpe militar de 1924 en muchos que

antes defendían con vigor la libertad. Más tarde el general Ibáñez lo deportó a la isla Más Afuera, “por escribir”, apuntó el novelista Fernando Alegría.

Cuatro meses y volvió... a escribir sobre su destierro. Su primera novela —*Más Afuera*— pintó personajes de extracción proletaria que desesperaban en una isla-cárcel, infierno monótono rodeado de mar.

Su socialismo libertario lo libró desde Acción Revolucionaria Socialista hasta que en medio de la inestabilidad política, junto a militares progresistas, ocuparon el gobierno. Fue ministro de Educación durante los doce días en que imperó “la república socialista”.

La exótica experiencia del novelista —*Hombres*— y acentuó la idea de fundar el Partido Socialista. Participó en conspiraciones cívico-militares, de las que se avergonzaría años más tarde.

Advirtió que el hombre, fácilmente, olvidaba vivir los valores que proclamaba. Los desencantos le dejaron huellas. Su alma se volvió escéptica. La novela *Destinos y Noche* exhibió la opacidad de ese hombre medio, sin ideales, de vago inconformismo.

Su calidad intelectual la desplegó asesorando al gobierno de Venezuela, pero cobró notable expresión cuando, en 1947, escribió la fundamentación teórica del programa del Partido Socialista.

Premonitorio, afirmó que el socialismo es indisoluble a la democracia dado que su objetivo —revolucionario— es la dignificación del hombre, por lo tanto le es ajena toda forma de dictadura. “La nueva sociedad, decía, será fruto de la superación —no destrucción— de la actual sociedad en bancarrota”.

Con estas ideas fue elegido secretario general del Partido Socialista, en 1948. Al año siguiente fue electo senador por Santiago; y en 1952 asumió la jefatura política de la candidatura presidencial del general Ibáñez. Cinco años después cerró su breve carrera política y se dedicó de lleno a la universidad.

Esta fue su última parada. Llegó al pináculo como expresión de “una tendencia madura y activa de los que deseaban una Universidad maestra para la cual ninguna disciplina ni inquietud ni filosofía le es ajena o está de antemano proscrita”, como declaró al asumir la rectoría.

Cinco años después advirtió que el espacio para su idea de reforma universitaria era invadido por los cruzados de los '60. Recobró vigencia lo que escribiera en 1924: “El marido de la universidad y la política es nefasto para la universidad, porque ésta la hace claudicar en su misión propia”.

Su modo de ser enciclopedista se echó a un lado antes de ser atropellado por la velocidad de los cambios sociales y científico-tecnológicos. Mas, sus ideas-fuerzas han resucitado.



“Respetaré los méritos docentes sin mirar la camiseta”, dijo el rector, quien en la foto aparece junto a Felipe Herrera y Edgardo Boeninger.

“El hombre y la mujer deben juntarse conforme a sus instintos y simpatías. La unión sexual cuando es sana se realiza por una fatalidad de la naturaleza que nadie debiera bloquear”, decía defendiendo el divorcio.